



EL PRECISO
CAMINO HACIA
LA NADA

MAGDALENA
CAMARGO LEMIESZEK

EL PRECISO CAMINO HACIA LA NADA

Premio de Poesía Gustavo Batista Cedeño 2018

Magdalena Camargo Lemieszek

EL ORIGEN

Hay días en los que estamos tan solos
contra un dolor extraño que se nos hunde en los huesos,
acaso como el de las espinas de un pez de jaspe
que nadó en lo profundo hasta agotarse
o las espinas de una rara flor que brilla
y que pesa más combada por la lluvia.

Ahora los pájaros enjuagan sus plumas en el agua,
sumergen sus frágiles picos en el lodo
abren sus ojos al relámpago
y llevan algo de ese resplandor en el curso de su vuelo.
Entonces sabremos que su trino será el último
y que el musgo crecerá en la rama más delgada
y los cipreses fundirán sus hojas con la niebla
hasta ser una acuarela triste e imprecisa.

El animal beberá los venenos de un estanque
en los márgenes del bosque,
ya no recordará el sabor del pasto que recién germina
y en adelante vagará con extravío en la fatiga del pantano.
La luna permanecerá oculta
en el cenit durante una larga temporada.
En esta época ya no habrá símbolo
que entre ambos pueda pronunciarse
ni gesto que alivie
lo que desde hace mucho ya está predicho.

Hay un día en el que le daremos un nombre perenne a la distancia,
cuando entendamos el comienzo, la gravedad,
y en la extensión del código toda su dinámica.
Oiremos el fluir de una turbia brisa
que proviene de un país cuya tierra cayó en el olvido,
porque el canto de una sangre espesa
se coaguló en los labios de sus habitantes
y los nidos permanecieron vacíos de estaciones
hasta que el propio sol abandonó la cara purísima del prado
y pronto los caudales de los arroyos se desviaron
y dejaron de llevar al mar
la voz de la montaña.

Hay días en los que estamos tan solos
contra un dolor que se hunde hasta el fondo de los huesos,
mientras el frío se cuece lento en los calderos,
y los rescoldos y las cenizas se elevan con el viento
y nosotros cincelamos los rostros de los dioses en el aire
porque únicamente aprendimos
a tallar figuras
con el humo

CRUZANDO EL RÍO LETEO

Para ascender desde el último peldaño en la penumbra,
dicen que ocupamos el talento de los artesanos
que forjan sus herraduras sobre el polvo,
martillando sin detenerse
hasta alcanzar la música del hierro,
maleando junto a la huella
también la forma del camino.

Aquí invocaremos la fortaleza
de aquellas manos que sumergieron los metales en el agua
para apagar la furia
que nació en el centro
de todo lo que arde.

Algunos reconocerán las señales de la calma
en el vapor que se deshace encima del paisaje
mientras un manojo de grullas migra hacia lo ignoto.
Al agitarse la sombra del abeto en la corriente,
el yo que somos irá mutando
en el antifaz que cubre el rostro del vacío.
Un turbio alfabeto se revelará ante nosotros
y dejaremos atrás las antiguas pertenencias
junto al mismo miedo que hace siglos
tuvimos la osadía
de dejar abandonado
frente al fuego



Leonora Fini, *La Grange Batelière*

LA IDENTIDAD INACCESIBLE

Seré desde lo alto de la torre.
La brisa entonces una nebulosa que se expande.
Vendrá desde el norte, como si fuera diciembre
y los árboles volvieran a brillar
cubiertos por un metal escaso y nuevo.
Desfilarán frente a mí las imágenes
de los primeros días de campaña:
los caballos de arcilla sobre el mapa,
la estrategia tejida en esa fiebre propia del insomnio,
todas las palabras que la tibia muerte colocó
sobre la boca de los hombres.

A estas alturas,
quisiera volver a escuchar el timbre del oleaje en el Mármara,
la segunda cuerda del laúd en medio de la estridencia del zoco,
la mano de la perpetuidad moviendo los signos del poeta en Nisapur,
y aquella fábula persa que contaba
cómo un trozo de barro se enaltece
en compañía de una rosa.

Reconozco,
cuando busco mi reflejo en el arroyo,
que aunque nunca sé qué día es
continúo envejeciendo
y que de mi costado se alimentan
las larvas que vino a poner un día

la locura.

En todo caso, está decidido.

Pronto volverá a rugir la noche.

Enviemos los arqueros a los muros.

Cantemos

esa

antiquísima

canción

que

habla

de

la

guerra

TALITA CUMI

*«A quién le debo
esta herida sangrante
que llevo en el corazón
y que me pertenece todavía».*

Tobías Díaz Blaitry

Sobre mi regazo han madurado las cerezas,
pero son amargas incluso en el centro de su hueso
y su carne es un mineral rojo
de donde una savia incierta se desprende.

¿Qué debo hacer con un puñado de cerezas?

Arrojarlas es una ilusión estéril,
pues no hay vientre bueno para ellas en el curso de la tierra,
solo un polvo que ha aprendido a dividirse
y juega a ser serpiente con el viento.
Quizás debo dejarlas ir con la corriente
y aprendan a ser eternas en el agua
y vuelvan a inventar sus raíces en el fondo
y crezcan en la corriente líquidos cerezos
y sus hojas se apoderen del movimiento de las olas
y dancen transparentes y en misterio
y vuelvan sus frutos a ser dulces.

En el cielo se vislumbrará el volátil latido y la bandada,

y sabré que pende en la rama una única crisálida
jugando tal vez a la esperanza
de convertirse un día en mariposa

ESA, TU MANERA DE NOMBRARME

Mi nombre era una ciudad atravesada por la guerra,
un pájaro que ha abandonado en el vuelo el equilibrio
y se desploma,
una caracola que las olas pulverizan,
una yegua enferma que ha perdido todas las carreras,
un minarete que fue erigido para nadie.

Pero qué manera tuya de reconstruir mi nombre,
de hallarlo a pesar del lodo y de la bruma,
de levantarlo en su terrible peso,
de ennoblecerlo como a un estandarte
que se agita dignamente.
Tiemblan las sílabas sostenidas por tu acento,
tu voz fecunda en él otra melodía,
es un sol que hace madurar su carne.
Luego de tu boca su significado se renueva,
en el orbe redefines su propósito,
cualquiera que sea su permanencia
si acaso es todavía posible alguna permanencia.

Esa, tu manera de llamarme,
de derramar sobre mi frente las aguas de mi nombre,
de tallarlo en las maderas
de un bosque imaginario de cerezos,
decidiendo su lugar preciso en la alta lumbre,
en la mitad del orden que en las constelaciones rige.

Yo te he visto arrojarlo al fuego,
fragarlo con un brío delicado,
revivirlo,
para colocarlo encima de mi mano
cada vez que vuelves a nombrarme

DE DIVINA PROPORCIONE

*«Y, en medio del abismo que esperaba a su angustia,
pensó:*

si la flor hubiera sido eterna...

Y luego, todo cesó».
Pedro Correa Vásquez

Es solo uno el lado oscuro de la luna
y en ella hay una liebre que habita en el invierno
y sin importar la cantidad que sumen las estrellas
que decidieron reposar su lumbre en la montaña
hay días en los que amanecen tres soles en el cielo
y mientras transcurren esas jornadas necesarias
nos miramos con la certeza con la que se miran los extraños
y entendemos que hay un número perfecto
incluso en el nudo de la angustia
y en la profundidad con la que fueron labrados los abismos
y en la primera palabra que definió lo que ya no era mensurable
y en el primer gesto omnipresente
cuando el pan fue dividido para doce comensales
y todo esto duró hasta el ocaso
cuando la flor por fin se vio marchita
y permanecerá en los dominios del olvido
hasta que el universo exhausto
cese finalmente de expandirse



Leonora Fini, *La pasajera*

FRAGILIDAD

Muchacha, cuentan que un tulipán es una promesa
entre lo etéreo y la hojarasca.
Míralo brotar como una caracola en el prado
y deshacerse con la primera brisa de julio
como si fuera tan ligero como tu sonrisa tocada por la luz
y tan suave como el abrigo que te cubre los hombros.
Muchacha, parece que de pronto fueras a ponerte de pie
y a nacer de nuevo en el bosque
como una criatura que nadie ha creado,
que solo bebe la escarcha avivada por la aurora
y asoma sus ojos entre la fragilidad de los arbustos,
incapaz de distinguir la figura del cazador en el acecho
y el estruendo de su fusil que penetra el cerco de los pinos
o el sereno que resbala en los dientes del acero
o el pánico del incendio que se eleva y que consume,
inmisericorde, las primeras hierbas del año
junto a los símbolos que con sus cuernos
los venados fueron dejando en el alba.

Pequeña muchacha, diminuto animal,
que no reconoce al hambre aullar
ni a la horda de fieras deambulando en mitad de lo terrible
ni el sabor de las bayas más tristemente dulces
ni la cruel ley de los elementos que rigen en el monte.
Tu sombrero voló hace tanto junto a los tulipanes,
tu abrigo quedó hecho jirones en medio de los cardos.

Te has puesto de pie
y ya solo queda tu gesto como un delicado trazo
que alguna vez alguien dejó puesto
encima de la hierba

EL MERCADER

Hubo un mercader de Samarcanda
que juraba llevar una montaña dentro de un cántaro de barro
y que poco existe tan claro y tan genuinamente puro
como el gesto de un niño; quien, acabado de nacer,
busca en el regazo de su madre encontrar sus propios ojos
para poder mirar al mundo.

Ese primer acto, decía, nos revela
que algo ha dictado que somos como los carriles de las vías,
paralelos, sosteniendo aquella maquinaria
que avanza hacia un destino
que poco sentido tiene que sepamos.
Y aun así tiemblan los guijarros
y el metal vibra con la medida del tránsito y el anuncio.
Cierto es, si no van solas las ruedas
tampoco pueden ir solos
los objetos luminosos en los mapas celestiales.

Aquel que contempló a los astros surgir
y alcanzó a verlos llorar frente a la agitación del infinito,
en el preludio de un llanto sin dudas primigenio
- donde acaso fueron las lágrimas de níquel o de hidrógeno -
percibió la primera angustia de saberse solo:
para ellos la única posibilidad de amarse
es el estallido de una colisión en el silencio.

Pero, ¿quién no ha visto en la inmensidad el ágape de las galaxias?
El tiempo, que es materia, las fue labrando una a una,
lustrando sus perfiles como un orfebre minucioso:
el orden y el caos en una misma filigrana,
unida por hilos y eslabones invisibles,
un mural que se sigue tejiendo todavía.

Ahora me pregunto,
qué pasaría si el cántaro cayera un día y se rompiera.
¿Veríamos acaso que el cántaro nunca dejó de estar vacío?
O quizás de sus trozos crecerá una montaña nueva:
una montaña alta y digna
para acompañar a otras montañas



Leonor Fini, *Jeu de dames ou Le pari de Zobeïde*

EL AJEDRECISTA DE MAELZEL

a mi hermano

*«Dios mueve al jugador, y éste, la pieza.
¿Qué Dios detrás de Dios la trama empieza
de polvo y tiempo y sueño y agonía?»*

Jorge Luis Borges

Entre nosotros hay un tablero de ajedrez.
En cada extremo, un autómeta:
dos formas distintas de vivir,
uno es la aspiración, el intento
y el otro es la cabalidad, el acto.

¿Quién hace el primer movimiento?
Acaso será el peón que lleva el rostro cuarteado
como la tierra cuando ha olvidado la cadencia de la lluvia
y lleva también las uñas llenas de semillas
tras regar con su propio sudor las siembras del sustento,
porque la incertidumbre es una cosecha
frente a la que uno solo puede guardar una esperanza.
O podría ser el alfil, ese enorme elefante
que camina lento, mientras el monzón le corre por el lomo
en una selva que no importa si recorre en el presente
o es un recuerdo que siempre tendrá en la memoria.

Podría ser el caballo,

que no ha conocido jamás rienda ni montura
y que no ha parado de cabalgar
desde que sus cascos se encontraron con el polvo.
También podría ser la torre, donde cada ladrillo
es una palabra, lenguajes hace tiempo olvidados,
y al acercarnos, la piedra pronuncia la palabra.
En la torre cada escalón es un gesto humano,
cada ventana, una invitación al salto
y en su cima aguarda la visión de todos los horizontes
reunidos en un solo horizonte.

Y llegará el momento de la reina,
rara geoda donde las aguas han dormido.
¿Quiénes son Álope o Leda o cualquiera de las ninfas junto a ella?
Esculpida con una magna devoción,
su cabello se revuelve con delicadeza en lo preciso.
Ella señala con su peregrinaje la vastedad de lo sublime,
el hilo que nos sigue uniendo a lo divino
y su boca entreabierta en la ternura
parece que fuese a decir algo que apartará del mundo sus rigores,
pero nunca nos otorgará la dicha de saberlo.

Y entonces aparece el rey,
tras él la bestia de su ejército escudada en la masacre,
la danza incesante de las concubinas invocando todas las formas
posibles para amar,
también los imponentes pilares, inmutables a los siglos,
geoméricamente perfectos, sosteniendo la antigüedad de sus palacios,
y los inmensos jardines, podados, perfectos, en flor,

todas las guerras que ganó,
todas las cabezas que rodaron en su nombre,
y todos los trofeos de caza
- incluso cuando la pieza de la cacería era la tarde misma y sus confines -
y todos los tesoros que aun en su belleza no sirven para nada
y toda la irónica soledad de gobernar.

Todo esto sucede en el pasar de un mosaico a otro
sobre el tablero, marcados con letras y con números
como coordenadas de la vida,
negros o blancos, como la tonalidad de las jornadas
que transcurren una tras otra con un delgado movimiento.

Ha pasado el tiempo y no te has dado cuenta,
y el autómeta frente a ti sentencia:
jaque mate

SOLSTICIO DE INVIERNO

Los habitantes de diciembre caminan
sobre un sendero que dibujaron sobre el agua.
Dan nombre propio a las hogueras,
tejen océanos
de peces que ondean en el cielo
como una nevada que luego cae,
escamas vivas agitándose en los jardines y en los patios empedrados
y sobre los huertos donde los surcos son olas de tierra blanca
que se estrellan contra el campo.

Los habitantes de diciembre colocan mensajes
sobre las ramas vacías de los sauces,
porque han aprendido a domesticar el aire
para que el siseo del sauce lleve sus llamados hasta otros meses,
donde la sangre de la presa aflora estuosa
y la arena del lago yace tibia en lo profundo.

Los habitantes de diciembre guardan un trozo de su alma
dentro de los ojos del zorro que recorre los páramos distantes,
donde el alce levanta sus cuernos y muge en la tiniebla
para que las estrellas despierten álgidos, los fuegos
y las nubes que todo lo cubren se disuelvan en la altura.

Los habitantes de diciembre sonríen de nostalgia
hacen figuras de sus dioses con el hielo
celebran el nacimiento del pan en las hornillas

guardan el color de la mañana en frascos de conserva
y siempre tienen un plato adicional puesto encima de la mesa
por si la niebla viniese un día de visita



